

El partido independiente supo con alegría la llegada del nuevo virey: reconocía en Calleja extraordinarias disposiciones militares que habían sido causa de los descabros sufridos por las armas de la revolución, y esperaba rehacerse, si, como se lisonjeaba, no concurrían en el nuevo virey la actividad y la energía que en el hombre que iba á relevar. Animado con esta esperanza se preparó para la lucha, y varias fuerzas independientes se dispusieron á disputarle el paso en el camino hácia la capital, para conocer su temple de alma y sus providencias militares.

Los hechos nos darán á conocer si la esperanza del partido de la revolución se vió realizada ó salió fallida.

CAPÍTULO IV

Llegada del virey Apodaca á Veracruz con algunas tropas.—Algunas noticias sobre su carrera militar.—Es atacado por Osorno en el camino.—Conducta noble del nuevo virey y de su esposa con los prisioneros y los heridos independientes.—Llega Apodaca á Méjico.—Salida de Calleja para España.—Sale un convoy de Méjico para Veracruz con cuatro millones de duros.—Disposiciones del nuevo virey.—Sus cualidades morales y actividad en el despacho.—Es derrotado Terán en las lomas de Santa María.—Se indulta el guerrillero Vicente Gomez.—Acciones en la Cañada de los Naranjos y de la Noria. Se apoderan los realistas del fuerte de Monteblanco.—Expedición del teniente del Fijo de Veracruz D. Antonio Lopez de Santa Anna contra los independientes.—Derrota en San Campus y Cotaxtla á los insurrectos.—Se apodera el teniente coronel realista D. José Rincon de la fuerte posición de Boquilla de Piedras.—Sucesos de las provincias del interior.—Toman los realistas la isla de Janicho.—Rendición de la isla de Mescala.—Se indultan Salgado y Vargas.—Se apodera el jefe realista Quintanar del fuerte de San Miguel Cuixtaran.—Incendio del santuario de Chalma.—Año de 1817.—Capitulación de los independientes que defendían el cerro de Cópore.—Algunas acciones entre las fuerzas de Terán y los realistas.—Capitulación de Terán.—Se indulta Osorno.—Toma de Palmillas por los realistas y de toda la costa al Norte de Veracruz.—Se acoge al indulto D. Carlos María Bustamante.—Se presen-

tan á indulto un número considerable de individuos.—Rendicion de todos los puntos fortificados en la Mixteca.—Llega de España á Veracruz el sub-inspector Liñan con el regimiento de Zaragoza.—Marcha D. José de la Cruz á Méjico, llamado por el virey.—Se apodera de la Mesa de los Caballos el comandante general de Guanajuato, Ordoñez.—Operaciones militares de Villaseñor y de Casanova en la Sierra Gorda.—Queda la revolucion reducida casi solo al Bajío de Guanajuato y provincia de Michoacan.

1816 y 1817

1816. En los primeros días del mes de Setiembre llegó á Veracruz en la fragata de guerra española *Fortuna*, el nuevo virey D. Juan Ruiz de Apodaca para hacerse cargo del mando que desempeñaba Don José María Calleja. Con la fragata llegó un convoy de ocho buques en que iban el primer batallon del «Fijo de Méjico», con su coronel D. Ignacio Mora; algunas compañías del «Fijo de Puebla», á las órdenes del Brigadier Don Francisco Javier de Gabriel, coronel del regimiento, que despues llegó á casarse con una de las hijas del mismo Apodaca, y el sargento Mayor D. José María de Berzábal, hermano de D. Diego, que del de Puebla iba á servir en el regimiento de Veracruz.

El nuevo virey Apodaca habia hecho una carrera brillante en las armas, y era uno de los jefes mas distinguidos de la armada española, por su instruccion. Natural de Cádiz, comenzó su carrera militar sentando plaza de guardia marina en 7 de Noviembre de 1767, y habiendo llegado á teniente de navío en 23 de Mayo de 1778, llegó á distinguirse por su instruccion y capacidad, navegando de

subalterno en varias fragatas y navíos en los mares de Europa y de América. Comisionado para ir á Otaite en la fragata *Aguila*, recogió noticias muy importantes relativas á las producciones de aquellas islas, y levantó un plano de ellas y de sus puertos. En 1781 ascendió á capitán de fragata, dándosele el mando de la *Asuncion*; en 1788 á capitán de navío, y en el siguiente ascendió á mayor general de la escuadra. Estudioso y observador, dió un informe del modo de forrar los buques en cobre; escribió un opúsculo sobre la aplicacion de los para-rayos al uso de los buques, y presentó otras producciones útiles. Despues de haber desempeñado satisfactoriamente varios asuntos importantes que se le confiaron, entre ellos el del servicio nacional, para lo cual marchó á Lóndres en Junio de 1808 en union del general D. Adriano Jácome, fué nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca del gobierno de la Gran Bretaña, ascendiendo en seguida á teniente general. En 1812, en premio de sus servicios y teniendo en cuenta su don de gobierno, fué nombrado capitán general y gobernador de la Isla de Cuba, en que dió á conocer sus excelentes dotes administrativas, y por último se le dió el nombramiento de virey de Méjico, dejando en consecuencia el gobierno de la Habana para pasar á Nueva-España.

1816. No se detuvo el nuevo virey en Veracruz Setiembre. mas que el tiempo preciso, y en seguida emprendió su marcha hácia la capital de Nueva-España, escoltado por las tropas que habian llegado de la Habana. El virey Calleja, al saber su llegada al puerto, mandó á su encuentro al coronel Márquez Donallo con su divi-

sion, con el fin de que los independientes no pudiesen obtener ningun triunfo sobre él en caso de que intentasen atacarle en el camino.

Apodaca, en union de su esposa y de sus hijos, marchaba en un carruaje, seguido de sus ayudantes, que iban á caballo y distribuida la fuerza de una manera conveniente. Sin encontrar tropiezo ninguno en su viaje llegó hasta la hacienda de Vicencio, en las inmediaciones de Ojo de Agua, entre Perote y Puebla. Al llegar al referido punto fué atacado vigorosamente por Osorno que iba al frente de su numerosa caballería, á quien Terán habia enviado de Tehuacan con ese objeto, dirigido por el brigadier Don Antonio Vazquez Aldana. El virey Apodaca, como era de su deber, salió inmediatamente del coche y montó á caballo para dictar las disposiciones necesarias. Los independientes se habian aproximado bastante á las fuerzas llegadas de la Habana, considerándolas menos aguerridas y fácil acaso de triunfar de ellas; pero fueron recibidos con un vivo fuego, empenándose á poco una accion reñida. En esos momentos se presentó Márquez Donallo con su division, y Osorno se vió precisado á retirarse, dejando sobre el campo de batalla bastantes muertos y heridos, y en poder de sus contrarios algunos prisioneros. Apodaca se condujo despues del triunfo «con la magnanimidad de un príncipe», dice D. Carlos María Bustamante, «pues trató á los insurgentes prisioneros con la mayor consideracion». Con efecto, lejos de fusilarlos, como generalmente se hacia por una y otra parte, les dejó en completa libertad, manifestándose con ellos generoso y afable. Su esposa D.^a María Rosa Gaston no se mostró menos digna de la

gratitud de los hombres de sentimientos rectos. Dotada de una piedad verdaderamente cristiana, asistió y curó personalmente á los heridos independientes y realistas que habian sido conducidos á la venta de Ojo de Agua que estaba próxima, dirigiéndoles palabras de consuelo y de cariño. «La noticia de esta conducta generosa» dice el antes mencionado D. Carlos María Bustamante, «voló por todas partes, y este acto hizo presagiar que venia un genio de paz á gobernar la América.» Terminada la primera curacion de los heridos, Apodaca continuó su camino, y llegó á Puebla el 12 de Setiembre, donde fué recibido con las mas distinguidas pruebas de consideracion y de aprecio. Hombre de nobles y humanitarios sentimientos,

1816. visitó los asilos de caridad y los estableci-
Setiembre. mientos piadosos, cautivando con su trato afable y su amena conversacion á cuantos se acercaban á hablarle.

Se ignoraba en Méjico la llegada del nuevo virey á Puebla, por haber sido interceptados los avisos por las partidas independientes que se hallaban en diversos puntos del camino; pero la incertidumbre del público terminó el 16 de Setiembre en que llegó á la capital un extraordinario, á las nueve de la mañana, en que avisaba que llegaría á Méjico el dia 18 ó 19. Calleja, en cuanto recibió el expresado aviso, pasó oficios á la Audiencia y Ayuntamiento para que se dispusiese todo lo necesario para la solemne recepcion acostumbrada, y él, con su familia, se retiró, el mismo dia 16, á Tacubaya, sitio pintoresco distante una legua de Méjico, para habitar en el palacio que los arzobispos tenian en aquella agradable villa, que ac-

tualmente lleva el nombre de ciudad. Es notable verdaderamente el 16 de Setiembre en las páginas de la historia de Méjico. En la noche del 16 de Setiembre de 1808, fué reducido á prision el virey Iturrigaray por los que le juzgaban dispuesto á separar la Nueva-España de la metrópoli: en la misma fecha, pero en 1810, se dió el grito de independencia en el pueblo de Dolores, por el cura Hidalgo: en el mismo dia y año empuñó el baston de virey D. Francisco Javier Venegas: á Calleja se le confirió el vireynato el 16 de Setiembre de 1812, que es la fecha de los despachos que se le expidieron: en igual dia del año de 1815, se firmó en Madrid la cédula para el restablecimiento de los jesuitas: en la misma fecha, pero en 1816, dejó Calleja el palacio de los vireyes, y el dia 16 de Setiembre de 1847 se batian en las calles de Méjico las tropas de los Estados-Unidos que se habian apoderado el dia anterior de la ciudad, contra el pueblo mejicano que se habia amotinado indignado de ver flamear el pabellon de las estrellas en el palacio nacional.

Apodaca llegó á la villa de Guadalupe, que dista una legua escasa de Méjico, á las cinco de la tarde del 19 de Setiembre. Calleja que le esperaba ya en ella, le entregó el baston de mando con todas las formalidades de estilo. Las personas mas notables de la capital se dirigieron en la misma tarde á la expresada villa de Guadalupe á felicitar al nuevo virey, y quedaron altamente prendados de su afabilidad, corteses y francas maneras, de su fino trato, de su fácil y elegante decir, de su moderacion y amabilidad, no menos que de sus nobles sentimientos, así como de la piedad y virtudes de su esposa y familia. El

siguiente dia 20 de Setiembre, despues de haber recibido las felicitaciones de la Audiencia, de los diversos tribunales, del ayuntamiento y demás corporaciones civiles, hizo su entrada en la capital, acompañado de todas las autoridades, estando formada la guarnicion en dos alas desde la puerta de la ciudad por donde entró, hasta la de palacio. Llegado á la sala de acuerdos, prestó el juramento; recibió las felicitaciones de estilo, así como la visita del arzobispo, que fué á pagar al siguiente dia con otra que él le hizo; vió desde el balcon desfilas en columna de honor las tropas, y en seguida se retiró á sus habitaciones. Las fiestas siguieron por otros tres dias, con las funciones que se acostumbraban siempre que se hacia cargo del mando un nuevo virey.

1816. Terminados los festejos de recepcion, se
Setiembre á dispuso la salida de un convoy para Veracruz,
Diciembre. que debia conducir cuatro millones de duros y escoltar al mismo tiempo á Calleja y su familia que debian embarcarse para España en aquel puerto. La salida se verificó el 17 de Octubre, y marcharon en el mismo convoy el obispo de Oajaca, Bergosa, y en calidad de preso el marqués de San Juan de Rayas, condenado á destierro perpetuo en la península. Despues de haberse detenido muchos dias el convoy en Puebla para despachar las mulas á Orizaba por tabaco, segun se hacia siempre, llegó á Veracruz el dia 15 de Diciembre sin novedad ninguna. El marqués de San Juan de Rayas, poniendo en juego sus buenas relaciones, logró, pretextando hallarse enfermo, que se le permitiese permanecer sin embarcarse hasta hallarse mejor en su salud; y retardando así su salida,

consiguió al fin quedarse en el país, sin verificar su embarque.

El público esperaba con afán las primeras disposiciones del nuevo virey, para juzgar por ellas de su capacidad y ver el sistema que adoptaría en su gobierno. Los elevados empleos que había desempeñado, hacían esperar que sus providencias corresponderían á la buena reputación de hombre entendido de que disfrutaba. En los primeros días se ocupó de algunas medidas económicas en el órden interior de su secretaría, en visitar los cuarteles, parque de artillería y almacenes generales, de que nada podía deducirse, y que, por lo mismo, no arrojaban luz ninguna para juzgar de su política ni de su capacidad. Cuando el público se hallaba anhelante de ver su primera providencia, se publicó un bando con motivo de una desgracia ocurrida con un niño que, elevando en la azotea de su casa un cometa de papel que en Méjico llaman «papelote», cayó á la calle, quedando muerto en el instante. Para evitar que esas desgracias se repitieran, pues era, y es aun actualmente muy comun que los niños eleven sus cometas en las azoteas, prohibió, por medio del bando referido, que en estas se entregasen en lo sucesivo al entretenimiento expresado, imponiendo veinticinco duros de multa al padre de familias del que faltase á lo prevenido, y mandó que todas las azoteas se cercasen con pretilles para seguridad de los que subiesen á ellas con cualquier motivo. La providencia, aunque excelente, pues uno de los sagrados deberes del gobernante es evitar á la sociedad escenas dolorosas que le afecten, fué criticada como trivial por los que se complacen en censu-

rarlo todo, tratando de hacer caer el ridículo sobre el que la había dictado, diciendo que su primera providencia, la que se había estado esperando con ansiedad juzgando que llevaría el sello de la ciencia de gobernar y del consumado político, no pasaba de una trivialidad. Injusta crítica, puesto que la medida era humanitaria, y no debía esperar

1816. á dictarla hasta que hubiese dado á conocer
Setiembre á
Diciembre. otras que exigían meditacion y conocimiento de la situacion que guardaba el país. Entre tanto el nuevo virey, animado de la mas recta intencion, se informaba de la conducta observada por los jefes realistas que operaban en las diversas provincias, con el fin de valerse de los mas aptos y dignos, y poner un valladar á los abusos de los que faltasen á su deber; pero, por desgracia, no tenía á su lado una persona que poseyese profundos conocimientos del país y de la capacidad de los jefes que estaban al frente de las fuerzas, y en consecuencia tomó algunas providencias no muy acertadas que fueron mal recibidas por los que anhelaban el remedio á los males que sufría la sociedad. Una de esas providencias poco acertadas, fué haber nombrado al coronel D. Cristóbal Ordoñez comandante de la provincia de Guanajuato para suceder á Iturbide, quedando disuelto el ejército del Norte que no existía mas que de nombre. Las mismas personas que habían pedido la remocion de Iturbide, juzgaron que era preferible al nuevamente nombrado, y dirigieron una representacion al virey suplicándole que se le diese órden para suspender su marcha. Apodaca, deseoso del acierto, envió el 16 de Noviembre una órden al jefe nombrado, que se había puesto en camino el 13 del mismo

mes, de que se detuviese en Tula; pero habiéndole persuadido los individuos de quienes se aconsejaba, que no habia motivo justificado para pedir la suspension del nombramiento, dispuso que Ordoñez siguiese su marcha y tomase posesion del mando. Pocos dias despues, el 23 de Noviembre, llegó á Méjico, por órden del virey, el comandante de la provincia de Oajaca D. Melchor Alvarez, que tenia el grado de brigadier. El motivo del llamamiento fué las repetidas quejas que dirigieron contra él diversas y respetables personas. Apodaca, encontrando fundadas las acusaciones, le suspendió del empleo; pero pasado algun tiempo, volvió á restituirlo en él, recomendándole que no se apartase de la pauta de la justicia. La escasez de jefes que tuviesen las dotes necesarias para encargarse del mando de las provincias y de las divisiones en las circunstancias dificiles de una guerra activa, obligaba al gobernante á conservar en sus puestos á varios que no eran dignos de ocuparlos, ó á reemplazarles con otros que tenian los mismos defectos. Apodaca, en este punto, se veia comprometido á preferir un mal á otro mayor, y no pocas veces á obrar contra su propia opinion y deseos, disimulando algunos abusos, aunque recomendando á los que los cometian el cumplimiento de sus deberes (1).

Pero si no le era posible cortar todos los abusos que

(1) En una representacion que dirigieron á Calleja siendo virey, quejándose de los abusos cometidos por el comandante de un pueblo, puso al márgen del pliego en que se le elevó la queja, estas palabras: «Es cierto todo lo que los exponentes dicen; pero yo no tengo otro sugeto que mandar.»

1816. nunca faltan pretextos para cometerlos en
Setiembre á las sangrientas luchas, quiso quitar á la
Diciembre. guerra el carácter terrible que hasta entonces habia tenido en ambos bandos. Hombre de humanitarios sentimientos, circuló una órden el mes de Diciembre á todos los comandantes de division, prohibiéndoles mandar fusilar arbitrariamente á los prisioneros independientes: en esa circular se les mandaba que se observasen todas las formalidades prevenidas por las leyes para la formacion de los procesos, y con esto consiguió que disminuyesen desde luego bastantes males, siendo aquella medida la salvacion de muchos individuos, y de que en las inmediaciones de la capital se evitase, en cuanto era posible, el derramamiento de sangre. Otra de las pruebas del corazon humano de Apodaca se ve en el solícito cuidado con que hizo la visita de cárceles en la pascua de Navidad de aquel año. Esta visita se acostumbraba hacerla rápidamente en la mañana del 24 de Diciembre; pero el nuevo virey, queriendo instruirse de las causas con algun determinimiento, la empezó desde el dia anterior, y aunque aun así no era posible que se formase una idea exacta de todas, pudo adquirir alguna luz sobre ellas, dando á conocer sobre todo la noble intencion que le guiaba.

Con efecto, Apodaca estaba dotado de un corazon recto y «de un estilo afable y propio», dice D. Carlos María Bustamante, «para reconciliar los ánimos enemistados». A estas recomendables cualidades reunia la de ser sumamente laborioso y exacto, compitiendo en el trabajo del despacho con su secretario, poniendo, no pocas veces, de su propia mano las minutas aun de las órdenes insignifi-